

FOTO-SUGERENCIA

La primera educación se recibe en casa. La escuela podrá continuarla, fomentarla, ampliarla, pero si falta esta primera iniciación familiar, la formación del niño quedará trunca e inoperante.

¿Quién mejor que los padres conocen el temperamento, las aptitudes, los defectillos de sus hijos? Éstos, a su vez, ¿en quién tendrán total confianza, sino en sus padres?

La eficacia de esta pedagogía familiar no estriba sólo en lo que el niño aprende directamente de sus padres, sino en lo que ve y vive en familia. Si los esposos viven armónicamente, si hay orden y equilibrio en casa; si en ella se respira aire de intimidad, de respeto, de piedad, de confianza, ellos, los pequeños, subirán sabiéndose amados, amparados, queridos, confiados; sentimientos que facilitarán más tarde una comunicación de confianza de extraordinario valor al correr de los años: infancia, adolescencia, juventud. Sabrán los hijos acudir al consejo paterno en las profundas crisis que les esperan; y si no hallan en los padres esta acogida, la buscarán en otras personas fuera del radio familiar.

La primera iglesia ha de ser la familia. Las verdades fundamentales de nuestra fe las han de aprender —y vivir— los hijos, en el íntimo calor del hogar. Ésta es la tendencia de la actual catequesis. Si no hay unidad de



criterio, de formación entre hogar-escuela, el niño se desorienta y navega a la deriva, con pérdida irreparable tanto por parte de los padres como de los hijos.

¿Corrobora nuestra personal experiencia estas afirmaciones?

EL RINCÓN DEL SANO HUMOR

ESCOCESSES

Un escocés llamado Mac Intosch hablaba con su amigo Mac Leakin, y le explicaba el gran problema que tenía con su insomnio.

Mac Leakin le aconsejó:

—Es muy fácil de resolver esto. Tan pronto te metes en la cama cierras los ojos y te imaginas que estás en un verde prado donde pacen mil ovejas. So tienes más que contarlas una a una, bien despacio, y ya verás como mucho antes de llegar a contarlas todas te quedas dormido.

Al día siguiente los dos amigos volvieron a encontrarse en la taberna, y naturalmente Mac Leakin preguntó a Mac Intosch si había seguido su consejo para curar el insomnio.

—Sí, he contado ovejas.

—¿Y qué?

—No he pegado ojo en toda la noche... Cometí el error de imaginar que las ovejas eran mías y empecé a echar cuentas de los kilos de lana que podría sacar y del precio que me pagarían por cada oveja...



HOJAS CULTURALES

Número 1295

Lauria, 4 — BARCELONA-10

¿Es histórica la leyenda de la Atlántida?

«Durante muchas generaciones, mientras la naturaleza divina fue algo para los atlantes, éstos se mostraron obedientes a los divinos preceptos, pues su modo de pensar era de alta calidad, verdadera y enteramente magnífico. Frente a eventuales golpes del destino y en el mutuo trato se mostraron serenos y cuerds. A sus ojos sólo la virtud tenía valor; por eso estimaban en poco los bienes pasajeros y no hacían caso del oro ni de los demás bienes materiales, que tenían como un lastre... Agudamente reconocían con su espíritu de sobriedad que todo bien exterior, sólo emparejado con la amistad y la virtud prosperaba, y que, por el contrario, se desvanecía cuando toda preocupación giraba en torno de él, con lo cual incluso la virtud se esfumaba.

»Así fue durante muchas generaciones, pero no duró perpetuamente. Cuando luego fue desapareciendo lo que de divino había en ellos al mezclarse más y más con el elemento humano, los atlantes no pudieron vivir satisfechos con lo que tenían, renunciaron a su modo de pensar y se rebajaron

a los ojos de todos los sensatos malogrando la hermosura de los verdaderos valores.

»Y así sucedió que, deslumbrados por el 'espíritu de un orgullo divino y titánico', resolvieron lanzarse sobre toda Europa y toda el Asia desde lo profundo de la Atlántida, para someter a entrambas a la vez... Y diez reyes deliberaron sobre la paz o la guerra... y, conforme a su pervertida nueva mentalidad, decidieron hacer la guerra: una guerra por el dominio universal.

»Pero los atenienses vencieron a los atlantes, y después sobrevino un tiempo de violentos terremotos y grandes inundaciones, y de esta suerte se hundió la isla Atlántida y desapareció en lo profundo del mar.»

* * *

Esto escribió Platón hace 23 siglos y sobre su testimonio se inspiró en el siglo pasado Verdaguer para componer su primer gran poema «La Atlántida», grandiosa epopeya geológica, un tanto confusa, como son confusas y turbias las brumas que envuelven los orígenes de la Humanidad.



Para Verdaguer fue una realidad la existencia de la Atlántida, inmenso continente insular que sirvió de puente entre las dos orillas del Atlántico— la afro-europea y la americana—; puente gigantesco, del que actualmente sólo resta en pie el Teide canario, que al hundirse casi todo él en el océano por castigo de Dios contra sus moradores pecadores, dejó incomunicada a América de Europa, hasta perderse en ésta su recuerdo... Pero este recuerdo subsistió, sin embargo, vivo en un islote solitario, donde Colón recogió las primitivas leyendas geológicas de los labios de un ermitaño.

* * *

Modernamente, D. S. Mereschkowskij, en un libro intitulado «El Secreto de Occidente» con el subtítulo de «Historia de la Atlántida contada por Platón», ha exhumado de nuevo la vieja leyenda del Atlántico, sepulcro del mundo de los antiguos atlantes...

En él sostiene la tesis de que la Atlántida existió, pues aunque los eruditos y geólogos siguen discutiendo la cuestión, bandadas de aves emigrantes se reúnen aún cada año en el lugar mismo en que, en tiempos remotos de la cuna de la Humanidad, emergía del océano el gran continente insular... Y estas aves giran en torno a él sin encontrarlo, y de esas aves unas caen agotadas al agua y otras regresan, frustradas, a su punto de partida...

Pero la anual emigración de estas aves al lugar de la Atlántida es, según el autor del libro, prueba de la remota existencia de ella, pues lo que nosotros denominamos «instinto» —«la sabiduría del eterno recuerdo»— es, según el mismo escritor, en los animales mucho más fuerte que en el olvidadizo hombre, de suerte que diez mil años para aquéllas son para el hombre un minuto... Y así, los hom-

bres se olvidaron de la Atlántida, pero no las aves de instinto rutinario y permanente...

¿Fantasías locas de un soñador extravagante? Sea así... Pero, sueño o realidad, el mito de la Atlántida —como todos los mitos— no deja de ser una lección para los hombres de nuestros días, como las historias del Paraíso terrenal, de la Babel, del diluvio y la Pentápolis...

«Dios es paciente porque es eterno», dijo San Agustín... Pero cuando la depravación llega a hacerse colectiva y ya no quedan ni diez justos, el brazo de Yahvé descarga su ira fulminante... Es el leit-motiv del poema verdagueriano. En el libro IV de su «Atlántida», Cisne de Folgarolas pone en labios del Altísimo estas palabras:

Recordando el diluvio, aún la tierra trepida,
y ya la Atlántida con sus crímenes me pide
[otro diluvio...

Mas pronto a la que borra de su alma mis
[preceptos
la borraré del mundo, como letra en el polvo
[escrita,
y los siglos futuros no sabrán decir a los
[sucesivos
dónde están los atlantes, su trono y su
[sepulcro...
M. G.

TENER LÓGICA

«SI ES COSA VANA ESPERAR CO-
SECHA SIN HABER SEMBRADO,
¿CÓMO PUEDEN ESPERARSE GENE-
RACIONES ADORNADAS DE BUENAS
OBRAS SI OPORTUNAMENTE NO HAN
SIDO INSTRUIDAS EN LA DOCTRINA
CRISTIANA?»

ANTONIO GAUDÍ

El genial arquitecto de la Sagrada Familia de Barcelona, veía a Dios en cada una de las manifestaciones de su arte y conocía a fondo la doctrina cristiana, como lo prueba su concepción del templo: tres grandes fachadas (Nacimiento, Pasión, Gloria); tres puertas (Fe, Esperanza y Caridad).

Cuando alguien le decía que se tardará mucho en terminar su colosal obra, Gaudí replicaba: «Mi cliente no tiene prisa».

Una vez el pintor Rusiñol le preguntó cuánto calculaba él que iban a durar las obras.

—Unos cuarenta años, respondió Gaudí.

—¿Y cree usted que dentro de cuarenta años irá todavía la gente a misa?

Gaudí no le contestó. Pero otro día en que Rusiñol con unos amigos visitaba la construcción, el arquitecto dijo:

—Explíqueles que esto estará acabado dentro de 300 ó 400 años, aunque haya personas que crean que entonces ya no habrá religión.



La prensa diaria

La prensa diaria y las revistas ilustradas nos lo han explicado: un famoso actor de cine se suicidó en un pueblo de Cataluña. Dejó escrito, con pulso firme y nítida caligrafía, que «se iba asqueado de esta basura de mundo».

En las naciones más desarrolladas y de mayor bienestar económico (Suecia, Noruega, Dinamarca) es donde más abundan los suicidios. Es que el mundo y sus bienes son incapaces de satisfacer al corazón humano.

Otra noticia del mismo tenor. El suicida japonés, había sido galardonado con el Premio Nobel de Literatura.

No es cristiano hurgar en la conciencia ajena y juzgar el interior de estos hombres, pero el hecho en sí es condenable y lamentable.

El hombre que no tiene fe y no descansa en Dios ante los problemas de la vida sólo ve una solución: el suicidio. Pero el creyente, el cristiano sabe que las «tribulaciones del tiempo presente no guardan proporción con la gloria que se ha de manifestar» (Rom. 8, 18) en la otra vida, y así sabe sufrir con paciencia y esperanza los padecimientos.

El suicidio es un pecado gravísimo porque indica desconfianza en Dios y ninguna fe en la otra vida.

La ciencia ha llegado a conocer que el caracol puede sentir con todo su cuerpo. Aun si se le priva de los ojos, sigue siendo sensible a la luz y a la obscuridad en grado tal que, cuando le pasa una sombra por encima, se estremece, recogiendo, como si estuviera temeroso de ser atacado.

* * *

El pececillo del arroyo que avanza rápidamente en la obscuridad, nadando agua arriba, nunca tropieza contra una piedra, porque siente su proximidad.

* * *

Los perros tienen un oído tan prodigioso que el tic-tac de un reloj que una persona de oído finísimo escasamente puede percibir a un metro y veinte centímetros de distancia, es percibido con toda claridad por el oído de perro, colocado el animal a doce metros del reloj.

* * *

¿POR QUÉ se producen así estos hechos? ¿QUIÉN «construyó» esas «máquinas» tan sabias y perfectas?...

Estos son los misterios que no podemos aclarar ni los hombre ni la ciencia si no admitimos que su autor sea un Ser sumamente inteligente y superior a todas las cosas creadas.

Misterios que no aclara la ciencia

